

Proyecto de exposición fotográfica

***Wood screaming***  
***(El clamor del bosque)***

David Rodríguez Camacho

Ciudad de La Habana  
2008

## Marco estético

“La vida no conquistó el globo con combates, sino con alianzas”

En la posmodernidad a todos los conflictos de relación hombre-arte, hombre-sociedad y hombre-naturaleza, se ha sumado el conflicto hombre-medio ambiente: la crisis ecológica, la de la biodiversidad, la deforestación, la energética, etc. Ya no solo se trata para el artista de crear el conflicto ante el orden social, a cuestionarse “cómos” y “porqués”, sino que se enfrenta a la obligación de crear propuestas de soluciones y llamados a despertar a la sociedad. No se trata solo de la vieja polémica de si el arte es su propio fin y objetivo o si es solamente un medio para un fin:

“La obra de arte ha sido comparada a una ventana a través de la que se puede contemplar la vida sin tener en cuenta la estructura, la transparencia y el color de los cristales de la ventana. Según esta analogía, la obra de arte aparece como un mero instrumento de observación y conocimiento, esto es, como un cristal o un lente que es en sí, diferente y solo sirve como medio para un fin. Pero lo mismo que se puede concentrar la mirada sobre la estructura del cristal de la ventana sin ocuparse del cuadro que se ofrece del otro lado de ella, la obra de arte puede ser considerada también como una estructura formal independiente, como una entidad coherente y significativa, completa y perfecta en sí misma y en la que todo trascender, todo “mirar por la ventana” perjudica a la comprensión de su coherencia espiritual. El sentido de la obra de arte oscila constantemente entre estos dos aspectos: entre un ser inmanente, separado de la vida y de toda realidad más allá de la obra, y una función determinada por la vida, la sociedad y las necesidades prácticas.” (Hauser Arnold, 1976)

O sea la obra de arte puede renunciar al ilusionismo engañoso de un modo estético cerrado en sí mismo e ir más allá de sí misma. Está en relación directa con los grandes problemas vitales de su tiempo, y busca siempre una respuesta a estas preguntas: ¿Cómo se puede hallar un sentido a la vida humana?, ¿cómo podemos participar de ese sentido? Pero ahora también ¿Cómo se puede hallar una solución a la vida humana?, ¿qué podemos hacer para poner en práctica esa solución? ¿Estamos a tiempo para esa solución? La paradoja más inexplicable de la obra de arte es que parece existir y al mismo tiempo no existir para sí misma. Parece que se dirige a un público concreto, histórica y sociológicamente condicionado, pero al mismo tiempo parece como si no tuviera noción de la existencia de ese público.

Quiera o no, un artista con intenciones o no, la obra de arte, por un lado, mera obra de arte, aun cuando tenga intenciones políticas o morales, y al mismo tiempo, como producto artístico, incluso cuando su creador no lo haya ligado a intenciones prácticas de ninguna clase, es una expresión e instrumento de la causalidad social.

Una obra de arte no reproduce objetos, ni crea objetos en el sentido real. En el mejor de los casos crea representaciones de reacción a esos objetos. De cualquier forma estos elementos en la obra de arte están reunidos de una manera diferente a la disposición que tienen en la realidad, es decir, selectivamente por el autor. Por lo tanto, constituyen un mundo que no es familiar en apariencias.

En su asunción de realidad irreal, el arte reporta al hombre aquellas carencias, vacíos que por ¿azar? no se le presentan universalizados. De ahí la tendencia del arte a la ambigüedad y la indeterminación, de ahí su inevitable condición de obra abierta, según palabras de Eco: “La obra abierta o en movimiento busca un arte que de al espectador la persuasión de un universo del que es responsable, porque ningún orden adquirido puede garantizarle la solución definitiva, sino que él debe proceder con soluciones hipotéticas y revisibles, en una continua negación, de lo ya adquirido y en una institución de nuevas proposiciones” (Eco, Humberto, 1965).

## ***Wood screaming, fotografía de la naturaleza***

Por lo general, la fotografía de la naturaleza se ha limitado a imágenes de bellos paisajes, árboles y animales. Desde el siglo XIX se retrató una imagen idealizada de la flora y la fauna, publicadas en importantes revistas como la *National Geographic*, *Nature*, etc. Luego, la fotografía de la naturaleza se apoyó en las ciencias naturales como la biología y la botánica, pero aun así continuó apegada al objeto natural, bello e idílico.

En la actualidad, la fotografía se ha afirmado como medio artístico, y dentro de ella la **fotografía de la naturaleza**, que sin embargo, ha estado más supeditada al interés científico y publicitario, e incluso, decorativo. Revistas dedicadas a esta manifestación artística contienen estudios sobre la estética de la fotografía de la naturaleza, que se ha convertido en casi una aventura, al tratar de conseguir fotos naturales cada vez más extraordinarias e increíbles, lo que ha suscitado el cuestionamiento ético de cómo obtener una buena fotografía sin dañar a la naturaleza y respetar el entorno, para no causar perjuicio de la flora y la fauna que se quiere fotografiar.

Por lo tanto, y teniendo en cuenta los antecedentes, tomar fotografía de la naturaleza y hacerlo de modo diferente y original entraña un riesgo: ¿qué lenguaje usar sobre temas tan viejos y agotados? ¿cómo acercar a un público sabedor del tema e inmerso en los conflictos ecológicos y medio ambientales sin hartarlo con el discurso panfletario? ¿cómo hacer arte y no reportaje documental?

No es casual que el árbol se parezca al hombre. Tradiciones, distantes y muy diferentes entre sí, recogen mitos o leyendas que refuerzan esta tesis. Historias de mutaciones e intercambios con el mundo vegetal se cuentan por decenas a lo largo y ancho de la historia y la geografía del mundo. El hombre ha vivido, siempre, en estrecha relación con los árboles. Desde las culturas clásicas, orientales, indoamericanas hasta

las afrocubanas existen ejemplos: mitos y leyendas los reflejan claramente. Pero en los tiempos que vivimos se hace urgente hallar otros caminos, otros cuentos y otras fábulas. Los artistas, brujos en su esencia mitificante, son los que tienen el gran poder de comunicarse con los elementos, son quienes se abstraen de lo real y penetran en un mundo de sublimidades y misterios.

Esta muestra incluye fotografías originales en blanco y negro y a color, y se divide en las series: *Mandrágoras, Acuarelas y Palabras en la piel.*

Fotografía Digital

Impresión Digital

Formato 50 x 60 cm.

Sobre esta base conceptual, y a partir de estos cuestionamientos artísticos propongo no la fotografía obvia de la flora y la fauna ni de un entorno determinado captado en un momento especial. El objetivo es llamar la atención hacia lo natural desde otros ángulos y perspectivas no comunes para crear imágenes diferentes, que aparentan otro mundo, el irreal, el artístico. Una de las técnicas usadas (no por usada, obsoleta) ha sido mostrar un fragmento del motivo en un primer plano muy ampliado para que el espectador no pueda distinguir el motivo original, o se confunda, o se enrede en el entretenido juego de elucubrar parecidos y respuestas con la realidad o con la propia ficción del arte. La imagen resultante tiene un nuevo aspecto y es arte por sí mismo, pero también es una llamada de alerta hacia lo que nos rodea, lo natural está ante nuestros ojos y solo vemos en nuestra limitación perceptiva una parte.

Los árboles saben, son la mejor galería de arte; ellos nos cuentan nuestros propios pasado y futuro y, en algunos casos, nos dejan ver la parte de la historia que no conocemos. Por eso damos crédito a sus figuraciones, hallamos un código en sus cortezas caprichosamente modeladas, a veces de forma acusatoria, otras veces en franca posición de advertencia ante los desmanes que los humanos hemos dejado, como legado, a la posteridad. Es como si alguien carente del poder de la palabra mostrara sus argumentos tatuados en la piel, un mensaje que jamás se borra. *La mente olvida, las bocas callan, pero la piel, mientras haya vida, conserva sus marcas.*

La naturaleza ha sido, es y seguirá siendo, mientras quieran los hombres, fuente de inspiración. Sus formas pueden ser más abstractas que las de la propia pintura. Todo lo que el hombre ha creado se basa en la naturaleza porque es el más rico manantial para beber ideas. Si lo perdemos, también se perderán esas semejanzas, esas líneas, colores y balances cromáticos todavía no vistos.

Se trata de buscar y encontrar, de emplear elementos abstractos que a la vez no lo son, pero se sugieren, a partir de la naturaleza. Es posible que los árboles nos muestren el camino de una vida diferente, la posibilidad de vivir como lo hacemos sin dañarnos ni dañar el entorno, pareciéndonos a lo que somos, pero mejores. Aparecen personajes, paisajes y obras novedosas e inventadas desde los árboles, que fueron creados por la mano de algún Dios, a su imagen y semejanza, al igual que lo fueron los hombres, al tiempo

que contienen una belleza subyugante y fresca, como toda belleza proveniente de la naturaleza, porque al final, el crédito de la obra es del bosque.

El abstraccionismo de la muestra impone una interpretación totalmente subjetiva, pero no manipulada, al menos no por el artista, aunque sí por la naturaleza. Si acaso solo se ha prestado a la manipulación del enfoque y el ángulo de la cámara para alterar la apariencia de la imagen, pero sin modificar otros procesos para conseguir una forma de composición artística, o para la experimentación estética. Propongo, además de la presentación de la obra, la idea de que estamos a tiempo de manifestar cordura como humanidad, seguir los ejemplos que ofrece la naturaleza, no desde nuestro egocéntrico punto de vista, sino del de la propia natura. Se trata de acercarse, convivir y armonizar con el medio desde una perspectiva ecológica, de cambiar el punto de vista y el centro de la discusión con una mirada distinta, desde dentro del árbol, al tiempo que desde dentro de nosotros mismos y de la sabiduría que ha logrado nuestra especie.

Al ofrecer estas propuesta de imagen y semejanza, de simbiosis y parecidos entre el hombre y el árbol pretendo que los espectadores tengan la posibilidad de participar en la obra devenida suceso cultural, no desde una posición contemplativa *per se*, sino desde un papel protagónico, contribuyendo a la conformación del mensaje, ya que este depende enteramente de la relación de este con lo natural y de su sensibilidad para ver en estas enrevesadas formas y colores un árbol común, y por lo tanto, verse a sí mismo.

Notas

Hauser Arnold (1976) Historia social de la literatura y el arte. Tomo II, p.221. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.

Eco, Humberto (1965). Obra abierta: forma e indeterminación en el arte contemporáneo. Madrid: Seix Barral.